



CARTA PASTORAL PARA EL CURSO 2014-2015

PARROQUIA, FAMILIA DE FAMILIAS

BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA

**Arzobispo de Toledo
Primado de España**



PORTADA:

Pedro de Orrente, “La multiplicación de los panes y de los peces”.
Parroquia de La Guardia.

2014, Arzobispado de Toledo.

CARTA PASTORAL PARA EL CURSO 2014-2015

PARROQUIA, FAMILIA DE FAMILIAS

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo
Primado de España

ÍNDICE

Introducción.....	7
Primera parte: Algunas nociones.....	9
Segunda parte: La conversión pastoral.....	15
Tercera parte: Concreciones.....	30

INTRODUCCIÓN

1. Confieso que tengo un cierto temor a la hora de escribir esta carta pastoral. La razón hay que buscarla en la abundancia de textos sobre el tema que están al alcance de nuestras manos; también la sensación de escepticismo que pueden experimentar sacerdotes y otros miembros del Pueblo de Dios ante una nueva propuesta por escrito. Estoy convencido, por otro lado, de que hemos de ser muy perspicaces en el momento eclesial que estamos viviendo: la propuesta pastoral debe sobresalir por la sencillez y que sea clara, concisa y, a la vez, valiente, que sugiera y mueva el espíritu. Pero he de arriesgarme. Pido al Señor que me ilumine para no complicar las cosas ni extenderme sobre puntos que están ya claros en la conciencia de la Iglesia.
2. No hablaré, sin más, sobre la parroquia con definiciones ni explicaciones excesivas. Quiero partir de las parroquias concretas de nuestra Iglesia de Toledo, las 270 que existen en el territorio diocesano, en la provincia toledana con sus comarcas concretas y las están en la provincia de Badajoz y Cáceres, en Extremadura. Un territorio con parroquias de muchos siglos; la mayoría en zonas que llamamos rurales, cuando la cultura rural ya no existe como la imaginamos; otras en poblaciones urbanas con más habitantes; unas muy pequeñas, con sus características concretas; otras con posibilidades humanas mayores. Todas merecen un respeto y un aprecio, pues Cristo no ha pensado en una Iglesia ideal, de elites, de escogidos. Por ello, la religiosidad popular, su fe concreta, es dato que no puede olvidarse; también es preciso reconocer, sin embargo, una cierta inercia e indiferencia de muchos de los miembros de nuestras parroquias, que acuden a ella tantas veces como un simple lugar de servicios religiosos.

ARZOBISPO DE TOLEDO

3. Pero hemos de empezar desde una convicción. El miércoles 18 de junio 2014 comenzaba el Papa Francisco una nueva serie de catequesis. En sus palabras está el convencimiento de que la Iglesia, la Casa de Dios, no es una obra humana e invita a no verla como una ONG; tampoco debe restringirse, por supuesto, al clero o al Vaticano. Es decir, la Iglesia es un *misterio*. Así nos ha enseñado a verla el Concilio Vaticano II. Con ello se quiere indicar que la Iglesia forma parte de lo que Dios nos ha revelado a la hora de relacionarnos con Él. Por ello, aunque ha sido fundada por Cristo, la Iglesia tiene sus raíces en el Antiguo Testamento. Razón por la que tiene una historia muy antigua y es una realidad muy amplia, abierta a toda la humanidad.

4. El Papa insiste en tres puntos: Dios no llamó solo a Abraham, sino también a todos los que le rodeaban. Quiso formar un Pueblo para que llevara su bendición a toda la tierra. Ese es también el propósito de Jesús: dar inicio al nuevo Pueblo de Dios. Además siempre es preciso afirmar que no es Abraham quien convoca a ese pueblo, no es una obra humana para la que se pide la bendición de Dios. Es Dios quien toma la iniciativa; y si en el Nuevo Testamento vemos a los Doce convocar a la gente, con Pedro a la cabeza, es porque Cristo los ha escogido, y ellos son enviados (apóstoles), esto es, en ellos está el que envía. El amor de Dios trinitario es la clave de todo. El tercer punto en el que insiste el Papa es éste: como Abraham, los hijos de la Iglesia están en camino, en la historia, en medio del mundo concreto; y muchas veces fallamos, y nos resistimos a su gracia. La paciencia de Dios no se cansa de educar y enseñar, al igual que un padre a un hijo. Pero ésta es la experiencia cotidiana de cuánto Dios en Jesucristo nos ama y nos cuida. Y esto es lo que nos hace sentir verdaderamente suyos, en sus manos y nos hace crecer en comunión con Él y entre nosotros. Ser Iglesia, pues, es sentirse en las manos de Dios, que es Padre y nos ama, nos acaricia, nos espera, nos hace sentir su ternura. El Papa Francisco acabó su catequesis de ese miércoles con una frase rotunda: ¡Y esto es

muy bello! Yo quiero afirmar esto mismo: pertenecer a la Iglesia de Cristo es lo mejor que nos ha sucedido a los cristianos, y todos los hombres son destinatarios de esta promesa.

5. Pero estoy hablando de la Iglesia, no de la parroquia, de *mi parroquia*, esa que está en determinado pueblo o ciudad, con este párroco y estos parroquianos. En efecto, el canon 515 & 1 del CDC dice así: “La parroquia es una determinada comunidad de fieles constituida de modo estable en la Iglesia particular, cuya cura pastoral, bajo la autoridad del Obispo diocesano, se encomienda a un párroco, como su pastor propio”. Nada de romanticismo ni de idealismo imaginativo en este texto. Fijamos la atención en el término “determinada”, que excluye identificarla con cualquier tipo de agrupación cristiana legítima. Y al decir “constituida de modo estable” nos está señalando que esta comunidad no es el resultado del derecho a asociarse, no es una asociación de fieles. Es creación de la autoridad eclesiástica, según normas del derecho, para edificación institucional de la Iglesia particular o Diócesis. Nuestras parroquias, pues, en su inmensa mayoría, son territoriales, aunque hoy el territorio está teniendo un cambio de significado muy grande.

PRIMERA PARTE: ALGUNAS NOCIONES

6. Tal vez este primer aspecto de lo que es la parroquia defraude a algunos y les hace sentir incómodos en esa realidad territorial. Es verdad, pero para el ser humano el territorio no es algo secundario. Un simple ejemplo de la realidad actual nos hace caer en la cuenta de esa importancia: lo que significa la propia vivienda y el dolor ante la posible expropiación forzosa, cuando ésta puede darse. Es nuestra casa, nuestro hábitat, nuestro pueblo, nuestro lugar. Los lugares de referencia son en el corazón con una nota de nostalgia. ¿Será que el ser humano no *tiene* cuerpo, sino que **es** cuerpo, que somos corporales? El cuerpo no es más que la concreción de mi

ARZOBISPO DE TOLEDO

propio territorio, y el territorio no es más que la plataforma y la extensión de mi cuerpo. Es decir, el territorio es para nosotros esencial. Porque no somos ángeles y no somos tampoco transeúntes, nómadas, necesitamos estabilidad, casa, hogar.

7. Ciertamente el ser humano quiere también romper los límites, y protesta contra las limitaciones territoriales tratando de rebasarlas. Quiere salir, y, a veces, de una manera no correcta. De ahí que sea importante que el ser humano, hombre y mujer, salga de sus límites como *peregrino*, no se mueva como *nómada* ni vague sin rumbo como el *transeúnte*.
8. Por otro lado, el nombre de Iglesia, con toda su densidad sin duda sólo se puede aplicar a la Diócesis o Iglesia particular, “en la que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica” (Decreto *Christus Dominus 11*). Por ello es imprescindible el territorio, pero la Iglesia nunca se identificará absolutamente con el territorio; será la Iglesia que peregrina en Toledo, abierta a la Iglesia universal, que preside en la caridad el Papa Francisco. En conclusión: ni se puede prescindir del territorio, ni se puede identificar territorio e Iglesia. Si ello se dice de la Iglesia particular, ¡cuánto más habrá que decirlo de la parroquia, que no es una Iglesia sino una comunidad eclesial! La Diócesis y la parroquia están, habitan, se sitúan en un lugar, lo aman entrañablemente, lo enriquecen humana y culturalmente, pero no es ese territorio.
9. Ahora bien, si queremos de verdad abrir la Diócesis y la parroquia a la misión evangelizadora, hay que recuperar algo un tanto soterrado durante mucho tiempo: “vivimos en el mundo, pero no somos del mundo”, palabras que expresan la tensión de toda comunidad eclesial en la espera del Señor. *La Iglesia es la Iglesia que espera la venida del Señor*, y la espera activamente: pidiéndola, sintiéndola, rezando, trabajando. Si eliminamos esta espera, lo que hacemos es establecer la Iglesia en este mundo, con territorio muy preciso,

pero mataremos su fuerza apostólica y misionera. ¿No nos ocurre con frecuencia esto, en el día a día? Queremos una Diócesis y una parroquia que anhela, que espera, que prepara, que misiona para la venida del Señor, que no destruye lo verdaderamente humano, sino que lo acoge, porque los cristianos lo van ofreciendo diariamente en la celebración de la Eucaristía.

10. Históricamente, la territorización de la Iglesia fue una elección con consecuencias positivas para la evangelización y la iniciación cristiana. De ahí la importancia que damos en el *Directorio de la Iniciación Cristiana* a la celebración de estos sacramentos en la iglesia parroquial. Así se llega más fácilmente a todos, pero, ¡ajo!, la parroquia no es la Diócesis, no es suficiente en sí misma. Volveremos sobre este asunto más tarde. Tampoco debe nunca abandonar, como tarea propia, el **cuidado pastoral de los que ya son cristianos**. Y el ir por la oveja perdida, dejando a las noventa y nueve, seguramente es la gran consigna del Señor para esta etapa, pero sin olvidar el cuidado de los que ya están bautizados para que no pierdan su fe, y, sobre todo, para que todos sean testigos que anuncian las maravillas de Dios en la historia de la salvación. De modo que la pastoral parroquial seguirá siendo inseparable de la acogida, recibir al que viene o salir a su encuentro, personalmente, afectivamente, misericordiosamente y con todo respeto.
11. La parroquia no puede ser lugar de refugio. Lugar de acogida, sí; lugar de atención pastoral, también; lugar de fraternidad y de comunión sin duda, pero todo ello para constituirse en plataforma de salida misionera, en palabras del Papa Francisco. Esa fuerza anunciadora de Jesucristo y de su manera de tratar a la gente, sobre todo a los más pobres, si no existe en nuestras parroquias, de manera sencilla, pero real, impediría que hoy la parroquia nos sirva como sirvió antaño. Y hoy esta cercanía no es fácil, pues no todos los vecinos son feligreses. ¿Se entiende que la parroquia sea necesaria para la nueva evangelización? Pero estaremos de acuerdo

en que, para ello, la parroquia ha de cambiar, ha de “convertirse”. Tendremos ocasión de insistir en este punto. Pero esto no es cuestión de despachos; el factor humano, como sujeto de la gracia de Dios, es quien realmente mueve los grandes procesos de cambio. Y la persona no es el individuo aislado –sacerdote, laico o consagrado-; nace y crece en la relación, en el seno de una comunidad eclesial, pero sobre todo en relación con Jesucristo, porque Él no nos *salvó* en el pasado, *nos está salvando* hoy porque nos salvó entonces. Cristo continúa su obra: es el Señor.

12. De todas formas, hemos de afrontar un tema necesario en esta carta pastoral: reconocer la insuficiencia de la parroquia. Ésta es una institución básica, la primera pastoralmente hablando; tiene la solera de muchos siglos. Pero no es la Diócesis; por tanto no puede afrontar la totalidad de la misión eclesial y tiene que aceptar que ésta la desborda. No olvidemos, pues, que no es una Iglesia en sentido pleno; una razón más para que no sea un territorio cerrado, ya que no puede absorber todas las dimensiones de la pastoral. De ahí la existencia de los servicios pastorales de Delegaciones y Secretariados.

El Papa Juan Pablo II, que enalteció la parroquia a lo grande, introduce un inciso limitador: no toda la acción evangelizadora tiene que pasar necesariamente por ella. La autosuficiencia de la parroquia se irá viendo cada vez como patología pastoral, es decir, pastoral enfermiza (cfr. CFL 26, & 3). Pero lo importante a subrayar en ese párrafo es que la pluralidad que se ha de encontrar en la comunión parroquial se encuentra y se atribuye, como es natural, al obispo y a su presbiterio. Pienso que la nueva evangelización, con toda la complejidad institucional que hoy encontramos en la Iglesia, requiere de lo que ésta ha enseñado sobre el episcopado en el Concilio Vaticano II, sobre todo en la constitución *Lumen Gentium*, capítulo III; es la mejor tradición de la Iglesia, que apoya la creatividad asociativa en la comunidad eclesial impulsada por el Espíritu Santo. Necesitamos, por ello, de la armonía que el obispo ejerce y debe ejercer, derivado de su sacerdocio en plenitud.

13. Pero en este ámbito, es preciso contemplar el ministerio episcopal y presbiteral, es decir, el ministerio propiamente sacerdotal cada vez más como servicio a todo el Pueblo de Dios, que cada día debe ser menos mundano y más apoyado en Jesucristo, con más coherencia personal que los fieles cristianos aceptarán sin problemas. La persona con autoridad en la Iglesia es alguien que desaparece y se oculta para que crezcan los que la rodean. En un momento de privatización como el que vivimos, es fundamental que se respete en la Iglesia el ministerio sacerdotal como algo público, pero no mundano, basado en la autoridad de Jesucristo, que no enseñaba como los escribas, consecuencia de su transparencia ante el Padre en entrega absoluta a su voluntad.

14. Aplicándolo a nuestro tema: el párroco tendrá que cuidar, por ejemplo, el tejado de su templo parroquial, o avisar al carpintero, o mejorar la iluminación, pero si hay otras personas que puedan hacer este servicio con eficacia e incluso gratuidad, mejor será que el presbítero no realice materialmente esta tarea, en detrimento de otras más apropiadas. El obispo y el presbítero tiene que recuperar la función sacerdotal, y el presbítero se debe convencer, además de eso, de que sacramentalmente no es obispo y que, por tanto, no es el que lleva la iniciativa eclesial de manera absoluta. Es un colaborador muy necesario del obispo por el sacramento, no por otro derecho. Por tanto, *no es un pequeño obispo*. Valga como anécdota, recordando la época cuando existían párrocos *en propiedad*; uno de ellos, que por otra parte dejó una huella imborrable en un gran pueblo, se atrevió a aconsejar a su obispo: “Venga usted cuando haya algo que inaugurar (el templo reconstruido en aquella ocasión), pero, no se moleste mucho más; al fin y al cabo, aquí el obispo soy yo”. Esto podía haber ocurrido también en cualquier Diócesis.

15. Además de esto, ser presbítero es ser miembro de un presbiterio y, consiguientemente, tú no puedes ir por libre. Tampoco el obispo. Creo que merece la pena subrayar esta característica del sacerdocio

ARZOBISPO DE TOLEDO

de los presbíteros. Y no se trata únicamente de estar abiertos a ayudar o recibir ayuda de otros colegas. Es algo más: como presbítero, una de sus misiones primeras es hacer crecer y progresar a sus hermanos de presbiterio. Y no pertenecen sólo al presbiterio de una Diócesis, sino al *Ordo Presbyterorum*. Nos ordenan como co-presbíteros y nos dice el Obispo: concelebra con nosotros.

16. El párroco no puede ser el hombre-orquesta que toca ocho o diez instrumentos al mismo tiempo; será el director de una orquesta de profesores (¡los laicos y consagrados!), a los que ha de respetar y cuidar del ritmo común. La parroquia-misión, no solo la parroquia misionera, tiene una finalidad clara: preparar evangelizadores, esto es, configurar testigos del Evangelio de Cristo, capaces de predicar con obras y palabras, en su ambiente, en su mundo. Ya no bastan buenos párrocos y vicarios parroquiales. Si la parroquia ha de dar un giro, es imprescindible la corresponsabilidad de toda la parroquia. Ya sé que estamos ante el gran reto, pero la participación de los laicos y de consagrados no puede plantearse como suplencia de un presbiterio disminuido en número. Son vocaciones eclesiales, como la del diácono permanente, que alguna vez hemos de abordar en nuestra Iglesia de Toledo.
17. Dice el Papa Francisco: “Los laicos son simplemente la inmensa mayoría del Pueblo de Dios. A su servicio está la minoría de los ministros ordenados” (*Evangelii Gaudium*, 102). Yo no dudo –lo he dicho en otras ocasiones– de nuestro servicio al resto de ese Pueblo. Pero, si ha crecido la conciencia de la identidad y la misión del fiel laico en la Iglesia, ¿no nos queda aún un camino a recorrer, que es conseguir mayor participación en la vida concreta de la comunidad cristiana, que sólo vendrá en la medida en que ellos se forman y son acompañados por nosotros, evitando así el clericalismo que los mantiene tantas veces al margen de la vida real de las comunidades cristianas? Es bueno y conveniente leer despacio ese número 102 de EG. Sacaremos mucho provecho de

él fieles laicos y ministros ordenados. Es el momento también en este curso pastoral, de reflexionar y dar pasos concretos para un consejo pastoral parroquial efectivo, no nominativo; lo mismo cabe decir del consejo económico parroquial, que en muchas ocasiones evita tantos problemas y contribuye a exponer con claridad los datos económicos y la situación concreta de la parroquia. ¿Quién duda igualmente de la conveniencia de Caritas parroquial donde sea posible, o movimiento familiaristas o de apostolado seglar?

18. Otra consecuencia de la adscripción del sacerdote al Orden de los Presbíteros quiero ahora tratar. Se trata del trabajo pastoral conjunto de los presbíteros de parroquias cercanas, normalmente del mismo arciprestazgo. Éste no hace referencia únicamente a los curas de un determinado territorio diocesano, lógicamente compuesto por parroquias limítrofes. El arciprestazgo es la “primera unidad pastoral”, y tiene que ver también con los fieles laicos de las parroquias que lo componen. Una primera realidad a tener en cuenta es que los fieles de una parroquia o arciprestazgo no coinciden con los habitantes de esos territorios. La razón está en la separación Iglesia/Estado, pero también en una elemental libertad religiosa. ¿Cuándo vamos a poder los ministros y los fieles de las distintas parroquias cercanas, e incluso más o menos lejanas, trabajar pastoralmente juntos y no considerarnos “contrarios” por pertenecer a distintas localidades y parroquias diferentes? ¿Acaso no pueden los presbíteros no sólo suplir a sus compañeros, sino actuar juntos en tareas comunes en las diferentes parroquias y constituir un equipo sacerdotal sin necesidad de vivir juntos, pero sí de trabajar en “ofertas pastorales” similares o iguales?

SEGUNDA PARTE: LA CONVERSIÓN PASTORAL

19. La Iglesia tiene el corazón escondido; es un misterio, pero al mismo tiempo es un ser bien visible entre las demás realidades del mundo.

Se la puede menospreciar, pero no se la puede ignorar. Como todas las instituciones humanas, también ella tiene su fachada exterior. Ella tiene su aspecto “temporal”, a veces muy pesado, pero queremos que nuestra Iglesia no sea una cosa nebulosa e inmaterial. Aunque es un misterio que se vive en la fe, no deja por eso de ser una realidad de este mundo, también porque de este mundo somos sus miembros; me refiero a los que vamos aún peregrinando en nuestra concreta sociedad hacia nuestra meta en Cristo. Siempre hay que afirmar el valor que tiene que los que formamos la Iglesia, o esta o aquella parroquia concreta, estemos abiertos al Espíritu de Cristo, renovándonos siempre. Cuando Jesús fue glorificado, en efecto, se nos dio el Espíritu Santo, y este don del Espíritu fue el que completó la constitución de la Iglesia. No debemos estar a la espera de que llegue no sé qué era del Espíritu, ya que ésta coincide exactamente con la era de Cristo. Nos muestra el sentido del Evangelio, pero no lo transforma; habló muchas veces antes de la venida de Jesús, pero sólo lo hizo para anunciarle. Y continúa hablando después que Jesús subió al cielo. Nosotros estamos hoy *en el Espíritu* como estamos *en Cristo*, y vale lo mismo decir con san Pablo que hemos sido bautizados en un solo cuerpo para formar un solo cuerpo, que proclamar con san Basilio que hemos sido bautizados en un solo cuerpo para formar un solo Espíritu.

20. Esta introducción a la segunda parte de nuestra carta quiere simplemente afirmar que hemos de vivir el misterio de la Iglesia en una parroquia sin idealismos, siendo lo que somos: miembros del Cuerpo de Cristo, su Iglesia. Para nosotros ha escrito el Papa Francisco la exhortación *Evangelii Gaudium* (EG) en la clausura del Año de la fe, el 24 de noviembre de 2013, solemnidad de Jesucristo, Rey de universo. Un documento sorprendente, fácil de leer y con un tono que ha enganchado en la conciencia de la Iglesia, después de casi año y medio del pontificado de este Papa, que habla italiano, pero entendemos que su lengua materna es el castellano hablado en Latinoamérica. Es un matiz interesante. En este documento vamos

a buscar cuál puede ser nuestra conversión pastoral, y el ánimo, la capacidad de reacción para evangelizar y también la misma capacidad para abandonar el cómodo criterio pastoral del “siempre se ha hecho así”. Contra ese criterio pastoral el Papa Francisco nos invita a ser audaces y creativos, para repensar el modo de comunicar el mensaje. Es una actitud de “salida”, que debe concentrarse en el esencial del Evangelio.

21. Por otro lado, el Papa fue quien dijo que toda la exhortación “tiene un significado programático” (cfr. EG 25). La suya es una llamada a una profunda renovación, la que estamos buscando para los que vivimos en la Iglesia de Toledo. No se trata sino de profundizar en la conciencia que la Iglesia tiene de sí misma, de ahondar en el misterio que le es propio. Buscamos, pues, un anhelo generoso y casi impaciente de renovación, es decir, de enmienda de los defectos que tenemos, a modo de examen interior frente al modelo que Cristo nos dejó de sí mismo; es una reforma de la Diócesis y de la parroquia misma por fidelidad a Cristo Jesús.
22. Del título principal del documento queda resaltada la palabra “*gaudium*”, porque la palabra “*Evangelii*” es común a otro documento muy importante, la también exhortación “*Evangelii nuntiandi*”, de Pablo VI. El acento puesto en el “*gaudium*”, la alegría, tiene que ver con el desencanto y la melancolía del mundo actual. Sin duda que el Papa quiere infundir a la Iglesia un viento de alegría y entusiasmo. Pero el subtítulo nos aporta también una precisión: el tema del escrito no es la evangelización en general, sino “el anuncio” del Evangelio. Le evangelización es algo más amplio, y exigiría tratar muchos otros temas que tiene que ver con la actividad global de la Iglesia. Tampoco se trata de “la enseñanza” del Evangelio. El acento parece estar en el anuncio más básico y elemental que nunca debe faltar en las palabras, los gestos y el testimonio de los miembros de la Iglesia. Vemos que nada de esto se puede emprender sin un cambio de rumbo pastoral. Para que la Diócesis y la parroquia pue-

ARZOBISPO DE TOLEDO

dan ser y más la anunciadora alegre y fervorosa de ese mensaje de vida y alegría, debe transformarse algo o mucho, debe renovarse, debe reformarse.

23. Es fácil advertir, en opinión de los que han estudiado a fondo la exhortación papal, que la mayor parte del documento está formada por textos anteriores del propio Papa. Pero en la disposición del texto hay una gran elaboración que coloca los temas en una estructura. Además es un escrito del magisterio del Papa, dirigido a la Iglesia universal. Desde el comienzo propone un camino de alegría, el gozo de abrirse a Dios y de hacer el bien, con el objetivo de levantar el ánimo a la Iglesia y a las personas que trabajan y luchan por objetivos nobles. A los cristianos nos recuerda que “Jesucristo también puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina. Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos” (EG 11). En el Papa no parece haber el escepticismo; es una buena lección para todos.
24. Resumiendo mucho, aunque la lectura de EG es siempre preferible, he aquí el contenido del documento: el primer capítulo es una propuesta de reforma misionera de toda la Iglesia, pero reconoce que aun el modo de presentar el mensaje debe ser profundamente revisado, de manera que “llegue a todos sin excepciones ni exclusiones”, concentrándose en lo esencial, con adecuada proporción. Propone una Iglesia con las puertas abiertas, y no se refiere sólo a los templos, porque también menciona a los sacramentos. El segundo capítulo es una mirada sobre la realidad actual, en un lenguaje profético con el que denuncia con dureza las teorías del derrame económico, que no se hace cargo de los excluidos. Otra novedad de esta mirada a la realidad es el gran espacio que dedica a los defectos y tentaciones de los que desarrollan tareas en la Iglesia: la mundanidad espiritual, la búsqueda de poder o de gloria o de

dinero dentro de ella. A la hora de nuestra conversión espiritual, la lectura atenta de esta parte será un buen ejercicio.

25. El tercer capítulo se detiene en el anuncio del Evangelio. Rechaza un Evangelio elitista y convoca a todos, reconociendo a los pobres y sencillos como verdaderos sujetos activos de la acción de la Iglesia. Pienso que este aspecto no está en contra de aquellos que en cualquier parroquia se “quieran más afectar”, y sirven a los demás en tareas de responsabilidad. Es en esta parte donde habla de la homilía, ese ministerio de los sacerdotes, del que tantos fieles laicos se quejan con frecuencia. El cuarto capítulo desarrolla la dimensión social de la evangelización y las consecuencias sociales de la fe; también trata de la paz social, para la que propone un interesante camino; igualmente lanza propuestas novedosas para el diálogo con los no católicos, con notable respeto y apertura. En el último capítulo explica que no son posibles grandes cambios si no hay un espíritu, una mística que movilice a las personas. Serían las grandes motivaciones que podrán alentar un nuevo compromiso en nuestras parroquias, lleno de fuerza y entusiasmo.
26. Los siguientes párrafos de EG, que me parecen significativos, los menciono sin más, ni siquiera citando su número. Así sentiremos mejor el impacto de las palabras del Papa:

Nadie puede quitarnos la dignidad que nos otorga este amor infinito e inquebrantable (...). No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase.

Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacios para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien.

Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a sus propias seguridades. No quiero una

Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos.

Se acusa de la violencia a los pobres y a los pueblos pobres pero, sin igualdad de oportunidades, las diversas formas de agresión y de guerra encontrarán un caldo de cultivo que tarde o temprano provocará su explosión.

Estoy lejos de proponer un populismo irresponsable, pero la economía ya no puede recurrir a remedios que son un nuevo veneno, como cuando se pretende aumentar la rentabilidad reduciendo el mercado laboral y creando así nuevos exclusivismos.

Allí está la verdadera sanación, ya que el modo de relacionarnos con los demás, que realmente nos sana en lugar de enfermarnos, es una fraternidad *mística*, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano, que sabe tolerar las molestias de la convivencia aferrándose al amor de Dios, que sabe abrir el corazón humano al amor divino para buscar la felicidad de los demás como la busca su Padre bueno.

Me duele tanto comprobar cómo en algunas comunidades cristianas, y aun entre personas consagradas, consentimos diversas formas de odio, divisiones, calumnias, difamaciones, venganzas, celos, deseos de imponer las propias ideas a costa de cualquier cosa (...) ¿A quién vamos a evangelizar con esos comportamientos?

¿Dónde está tu hermano esclavo? ¿Dónde está ese que estás matando cada día en el taller clandestino, en la red de prostitución, en los niños que utilizas para mendicidad, en aquel que tiene que trabajar a escondidas porque no ha sido formalizado? No nos hagamos los distraídos. Hay mucho de complicidad. ¡La pregunta es para todos! En nuestras ciudades está instalado este crimen mafioso y aberrante, y muchos tienen las manos preñadas de sangre debido a la complicidad cómoda y muda.

Una de las tentaciones más serias que ahogan el fervor y la audacia es la conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas quejosos y desencantados con cara de vinagre.

A menudo nos comportamos como controladores de la gracia y no como facilitadores. Pero la Iglesia no es un aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida acuestas.

Son palabras claras, sin recovecos, que recorren un amplio arco de nuestra actividad eclesial, que intentemos acoger como miembros de la comunidad parroquial a la que pertenecemos, sea cual fuere nuestra vocación. Sin duda nos ayudarán en nuestra conversión pastoral, en nuestro modo concreto de participar de la misión de la Iglesia.

27. La gran preocupación del Papa Francisco es poner a la Iglesia en salida misionera. Él ha comprobado quizá en su Iglesia de Buenos Aires, en su experiencia de pastor en Latinoamérica, la caída del fervor apostólico de los agentes pastorales, con dificultades para afrontar el reto que supone la abrumadora oferta de consumo: móviles, portátiles, accesorios de todo tipo, de ropa, de alimentos, de lugares donde ir a comer, viajes, playas y un larguísimo etcétera. Niños, adolescentes, jóvenes y no tan jóvenes quieren más tiempo libre y poder disfrutar, en definitiva, más gratificaciones a su sensibilidad. ¡Es complejo abordar esta realidad! Pero hay que hacerlo de algún y muchos modos, porque nos ahogará, porque lleva a una tristeza individualista que brota de un corazón que se hace cada vez más cómodo. ¿Basta con tratar estos temas de vez en cuando o necesitamos una red de grupos que enseñe a vivir la fe concreta en su ambiente? “La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutaban de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás” (Documento de Aparecida, 360), documento muy querido por el Papa. Ya se le ha preguntado

ARZOBISPO DE TOLEDO

a él mismo a qué se debe que se lo vea con tanta energía, iniciativa y entusiasmo, y ha contestado: “Aquí tengo para divertirme”, esto es: “Tengo tanto para hacer. Y tengo toda la responsabilidad y la libertad para hacerlo”. En realidad, cada uno de nosotros podría decir lo mismo: la entrega sincera, generosa y feliz nos hace siempre nuevos. El Papa nos enseña que cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original, brotan en nosotros nuevos caminos. Sucede lo que dice Is 40,31: “Los que esperan al Señor renuevan sus fuerzas, remontan el vuelo como águilas, corren sin fatigarse y camina sin cansarse”.

28. Existe otro ámbito en la vida de la parroquia o, mejor, de los fieles que la forman de modo activo, que apunta también el Papa Francisco, pero que es en realidad de “toda la vida”: Las personas cambian cuando se sienten amadas. Cuando se sienten humilladas o constreñidas, no ocurre lo mismo. Dios, en efecto, espera nuestro sacrificio, pero libre, hecho con amor y por amor, y no porque se nos obliga. No hace falta caer en un permisivismo para acoger con amor a los que se acercan a nosotros o salimos a su encuentro.

La enseñanza del Papa en este campo es sencilla en el fondo a la par que nueva. La pastoral misionera, el acercamiento de la Iglesia al mundo, a los no creyentes, a los indiferentes o alejados, no puede ser en primer lugar mostrar un conjunto de doctrina que se imponga con insistencia; hace falta un equilibrio sobre lo que atrae, sobre el amor y la misericordia, que es por lo demás el corazón del anuncio aportado por Jesucristo al mundo. El Papa Francisco antepone el anuncio del mensaje evangélico. Eso es sencillamente amar más las caras que las ideas, amar ante todo a las personas, sus historias, su vida. Y no anteponer nada a ese amor. Exactamente el mismo procedimiento seguido por san Pablo en sus Cartas, cuando tras al contenido cristológico siguen las consecuencias de una vida moral.

29. Si el Papa está pensando en una Iglesia que quiere salir de sí misma y llegar a todos, necesariamente las parroquias, los grupos apos-

tólicos, los catequistas, los movimientos y comunidades eclesiales deben adoptar su manera de anunciar, predicar, presentar el Evangelio. No compete esta manera nueva únicamente a los sacerdotes: son muchos los que hablan, catequizan, exhortan en las parroquias y todos son necesarios. Una pastoral misionera, que anuncia con rigor, pero con la alegría del que está convencido del valor de lo que dice, no tiene la preocupación obsesiva de transmitir doctrina; el anuncio se centra más en lo bello, más grande, más atrayente, y al mismo tiempo más necesario: es la belleza del amor salvífico de Dios expresado en Cristo Jesús.

30. Sin duda que existe una “jerarquía de verdades”, que han de tener en cuenta en la parroquia quienes exponen los contenidos esenciales del mensaje cristiano o dan catequesis. El núcleo central (*kerygma*) es el que suscita la fe de los bautizados. EG 36 afirma: “En este núcleo fundamental lo que resplandece es la belleza del amor salvífico manifestado en Jesucristo muerto y resucitado”. Las demás verdades están conectadas de distinta manera con ese “corazón”, algunas de manera más directa y otras de manera más lejana. No son todas igualmente importantes, precisamente “por ser diferente su conexión con el fundamento de la vida cristiana” (Decreto *Unitatis redintegratio* 11, del Vat II).
31. Todo lo cual tiene consecuencias pastorales. Ante todo hay que decir que en el anuncio del Evangelio es necesario que haya una adecuada *proporción, que tiene que ver con los acentos que se ponen en la predicación*, que deben estar más en las verdades centrales que en las secundarias. La proporción tiene que ver también con la *frecuencia* con la cual se mencionan y se desarrollan los temas. Entiendo que hay que tener disciplina para conseguir tal proporción, pues tendemos a nuestras más queridas opciones, sin duda legítimas, pero no exclusivas. El Papa dice que “ninguna verdad es negada, así como existe una organicidad entre las virtudes que impide excluir alguna de ellas del ideal cristiano”. Pro-

porción no es mutilación, no es silenciar completamente algunas verdades. Por ejemplo, hay que hablar del verdadero matrimonio, cuando se ofrecen tantos sucedáneos, pero sin abandonar a los que viven situaciones complejas y difíciles de resolver. No hace falta insistir más en este tema. Yo estoy convencido de que las verdades cristianas se entienden en relación unas con otras y sobre todo en relación con el centro: el amor infinito de Dios que llama a su amistad, que ofrece salvación y vida que ningún ser humano puede dar. Acontece lo mismo cuando uno se adentra en un texto de la Escritura: viendo su profundidad en una exégesis respetuosa con el texto, se iluminan otros muchos, aunque no sean iguales o traten lo comunicado por Dios de modos diferentes.

Me parece sumamente decisivo señalar, para que se dé entre nosotros, esa conversión pastoral, que cada católico que se tome su vida cristiana en serio vea cómo “toda la vida de Jesús, su forma de tratar a los pobres, sus gestos, su coherencia, su generosidad cotidiana y sencilla, y finalmente su entrega total, todo es precioso y le habla a la propia vida. Cada vez que uno llega a descubrirlo, se convence de que eso mismo es lo que los demás necesitan” (EG 265).

32. Nuestros contemporáneos, sobre todo los alejados y tantos bautizados que han abandonado en silencio la Iglesia o son indiferentes –“no me interesa”, dicen–, son reacios a escuchar el anuncio del Evangelio, no aceptan con facilidad que les “echemos sermones”; tampoco quieren que hagamos con ellos “proselitismo”. ¿Cuál ha de ser, pues, nuestro modo de obrar?

El Papa Francisco, con motivo de la Jornada misionera mundial (20 de octubre de 2013), al preguntarse cuál era la misión de la Iglesia, se respondió: “Difundir en todo el mundo la llama de la fe, que Jesús encendió en el mundo: la fe en Dios que es Padre, Amor, Misericordia”. Por tanto, decía, “el método de la misión cristiana no es hacer proselitismo, sino el compartir la llama que calienta el alma”.

33. Sin duda que el objetivo fundamental de nuestra acción apostólica es que cada persona que encontremos pueda reconocerse infinitamente amada, más allá de sus límites, para que así pueda reconocer su propia dignidad por la llamada del Señor. Algo ciertamente difícil en el momento actual donde tantas personas sufren por infinitas rupturas y sufrimientos. Ahora bien, sabemos que una acción evangelizadora tiende a transformar la sociedad y su cultura, de tal manera que las personas puedan crecer en un ambiente que les permita vivir dignamente y sentirse estimuladas al bien. De ahí que en el capítulo III, dedicado al anuncio del Evangelio, el Papa nos pida un esfuerzo especial, porque “lo que debe procurarse, en definitiva, es que la predicación del Evangelio, expresada con categorías propias de la cultura donde es anunciado, provoque una nueva síntesis con esta cultura” (EG 129). En este sentido, siempre he pensado en la importancia de un ambiente propicio para que crezca la fe, no como refugio, sino como espacio que permita ese crecimiento. Cabe decir lo mismo de la ambientación vocacional para el ministerio sacerdotal o para el matrimonio. Bien lo saben allí donde esta ambientación se ha perdido.
34. El Papa, consecuentemente, nos invita a ser, en el diálogo del Evangelio y la cultura de la gente, más creativos: “Aunque estos procesos son siempre lentos, a veces el miedo nos paraliza demasiado. Si dejamos que las dudas y temores sofoquen toda audacia, es posible que, en lugar de ser creativos, simplemente nos quedemos cómodos y no provoquemos avance alguno y, en este caso, no seremos partícipes de procesos históricos con nuestra cooperación, sino simplemente espectadores infecundos de la Iglesia” (EG 29). Muchas veces vemos en nuestras parroquias gente pasiva, incapaz de testimoniar ante los demás cuál es la postura de fe en estos o aquellos acontecimientos. Todo esto nada tiene que ver con imposiciones ni con proselitismos, sino con un anuncio que “hace arder los corazones”, y con una sensibilidad que nos lleve a proponer el Evangelio con los símbolos, las palabras y los gestos que lo vuelvan

ARZOBISPO DE TOLEDO

más atractivos a la sensibilidad de los demás, comunicando el bien. El Papa nos recuerda siempre que la comunidad evangelizadora, como es una parroquia, no se encierra, sino que acorta distancias, se abaja hasta la humillación si es necesario, y asume la vida humana, tocando la carne sufriente de Cristo en su Pueblo.

35. ¿Quiénes son para el Papa Francisco los “lejanos”, y cuáles son las periferias a las que ir? Este es lenguaje frecuente en su Santidad, y sin duda pueden aplicarse a los miembros de las parroquias. No hay que entender estas expresiones de modo físico o geográfico; estas personas pueden estar a la vuelta de la esquina, pero son los que no forman parte del propio círculo afectivo o ideológico, y pueden estar en el propio lugar de trabajo, en el propio pueblo o barrio, físicamente cerca, pero mental y afectivamente lejos. Estamos, pues, ante personas a las que tal vez no sea fácil llegar por tantas razones. En este tema es interesante considerar que los movimientos eclesiales que puedan estar en las parroquias, permiten a la Iglesia llegar a lugares sectores de la sociedad donde no se ha hecho presente o donde cuesta más llegar. No hay incompatibilidad entre parroquia y movimientos y nuevas comunidades cristianas; éstos podrían estar cerca de personas que no encuentran un lugar y una respuesta en las estructuras parroquiales. Y su acción no está centrada en buscar personas que se sumen a su propio movimiento, sino para que se encuentren con Jesucristo, vivan con más dignidad, sean felices, maduren y se conviertan a su vez en misioneros.
36. Sabemos que el Papa, cuando era arzobispo de Buenos Aires, pasaba horas conversando con un ateo o con un gran pecador, con paciencia y audacia. Creo que aquí hay un nuevo punto en el que hemos de convertirnos pastoralmente: una parroquia, es decir, los que la componen, han de salir de los templos, sobre todo los sacerdotes, y buscar a la gente por las calles del mundo. ¿Y la misión “ad gentes”? También se entiende desde este talante que muchos, incluidos los fieles laicos, se atrevan a dejarlo todo y a viajar lejos,

sobre todo a los lugares donde hay más sufrimiento y donde es más necesario el anuncio de Jesucristo. Pero eso no es posible si donde estamos no somos fermento.

37. Ahora bien, cualquier misión debe tener un “espíritu”, y me parece que para el Papa eso quiere decir “unos móviles interiores que impulsan, motivan, alientan y dan sentido a la acción” (EG 261). En su apreciación, una evangelización no sólo es una acción acompañada de oración, sino también alimentada por una serie de motivaciones que deben estar siempre presentes en el corazón. Basta leer el último capítulo de EG, que se detiene en proponernos esas motivaciones, que son el combustible de la entrega generosa. Busquen en este capítulo esa motivación del “*amor de Jesús*” (EG 264); o el gusto espiritual de *ser pueblo*, el Pueblo de Dios (EG 266; o *el sentido del misterio*, que nos hace reconocer, detrás de aparentes fracasos, la acción misteriosa del Resucitado y de su Espíritu, que nos hacen orar continuamente y nos motiva a buscar el bien de los demás (cfr. EG 281).
38. ¿De qué manera la transformación misionera que propone el Papa debe cambiar las costumbres y las estructuras de las parroquias? En la reforma de la parroquia lo indispensable para él es que “realmente esté en contacto con los hogares y la vida del pueblo, y no se convierta en una prolija estructura separada” (EG 28). Lo trágico para una parroquia es que no sea sentida como propia; por eso propone el Papa “una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda la estructura eclesial se conviertan en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para una auto-preservación” (EG 27). Algo hay que hacer para que, en conversión pastoral, la parroquia sea más misionera, más expansiva y los que en ella trabajen en un deseo constante de salida, que provoque cercanía, contacto. Hay, por ejemplo, que hablar menos de los pobres y atenderles más en Cáritas parroquial o en otros servicios.

ARZOBISPO DE TOLEDO

39. Tal vez sean muchas las propuestas que estoy haciendo en esta carta pastoral. Quisiera no ser disperso ni exhaustivo. Pero todavía quedan algunos puntos sobre los que indicar sugerencias y posibilidades pastorales que una parroquia no debe olvidar. Una de ellas es qué lugar ocuparía la piedad popular en la parroquia; la otra tiene que ver con el aspecto social de la fe católica, como un servicio imprescindible, tal vez porque en el pasado no lo hemos atendido suficientemente.
40. La piedad popular es el modo propio de vivir la fe de la mayoría de los católicos. Tiene un estilo y una manera, que es preciso cuidar, huyendo de juicios que pueden ser equivocados. Por ejemplo, despreciar la piedad popular por pensar que es una masificación o mera suma de actos de masas. Creer eso ha traído malas consecuencias. Es verdad que la piedad popular se expresa en peregrinaciones y en actos multitudinarios, pero no solamente ahí, sino también en la vida cotidiana de las personas, porque ella puede penetrar delicadamente en la existencia personal de cada fiel y, aunque se la viva en una multitud, no tiene por qué ser una espiritualidad de masas. ¿Quién nos dice que en los distintos momentos de la lucha cotidiana muchos no recurren a algún pequeño signo del amor de Dios, o se dan en peregrinaciones o procesiones experiencias muy personales, como una mirada a una imagen que simboliza ternura y cercanía a Dios? La piedad popular, además, se transmite espontáneamente, con múltiples símbolos y gestos, precisamente porque “cuando en un pueblo se ha inculturado el Evangelio, en su proceso de transmisión cultural también transmite la fe de maneras siempre nuevas” (EG 122). Ahí está la petición del Papa actual: “¡No coartemos ni pretendamos controlar esa fuerza misionera!” (EG 124).
41. Hace muchos años ya, cuando Juan Pablo II habló de nueva evangelización, pensé que una de los aspectos de la evangelización que habíamos olvidado en España los católicos, considerados globalmente, era **el aspecto social de la fe**, tal vez por un cierto dualis-

mo en la presentación de la doctrina católica como si lo social no formara parte del anuncio del Evangelio y daba miedo la presencia pública. Yo lo considero una carencia. *Evangelii gaudium* no es propiamente una encíclica social ni pretende desarrollar un discurso amplio sobre temas de la doctrina social de la Iglesia. Sin embargo el Papa Francisco, dedica una parte amplia de su exhortación a estos temas, sobre todo en el capítulo cuarto: la dimensión social de la evangelización. De nuevo aconsejo leer despacio este capítulo. Yo únicamente haré algún subrayado.

42. El Papa Francisco confirma la “íntima conexión entre evangelización y promoción humana”. “Nadie –escribe el Papa– puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social” (EG 183). Tal es la opción por los pobres, “que tienen mucho que enseñarnos”, la invitación a ocuparnos de los más débiles, de los sin techo, los drogodependientes, los refugiados, los pueblos indígenas, los ancianos solos y abandonados, emigrantes, las víctimas de la trata y los niños *nasciturus*, que son “los más indefensos e inocentes de todos, a quienes hoy se les quiere negar la dignidad humana”. “No debemos esperar –escribe el Papa– que la Iglesia cambie su posición sobre esta cuestión: no es progresista pretender resolver los problemas eliminando una vida humana”.
43. Hay, pues, que pensar que, si es verdad que el gran tema de EG es el “anuncio” del Evangelio”, el Papa Francisco no ha querido que faltara un desarrollo sobre la dimensión social de ese anuncio, para que no parezca que lo social es algo secundario o prescindible. No lo debe ser en la estructura de una parroquia, ni en el quehacer de sus hijos. Por eso el Papa se detiene a explicar que el *kerigma* tiene un contenido ineludiblemente social que está en su misma esencia. Es algo ya conocido y tratado en el magisterio de Juan Pablo II y Benedicto XVI, pero con un enfoque propio de este Papa. Él dice que es imposible, así, reducir la vida cristiana a una relación íntima con

el Señor. Se trata de amar a Dios, que quiere reinar entre nosotros, y “en la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos. Entonces, tanto el anuncio como al experiencia cristiana tienden a provocar consecuencia sociales” (EG 180).

“No hay lugar a dudas, nos guste o no, hace falta una Iglesia pobre para los pobres, y “es un mensaje tan claro, tan directo, tan simple y elocuente, que ninguna hermenéutica eclesial tiene derecho a relativizarlo” (EG 194). Y la insistencia del Papa no es ideológica, es evangélica. Puede ser molesto para nuestros hábitos y nuestras comodidades, pero este Papa no permitirá que nos olvidemos de los pobres, y siempre encontrará alguna manera de recordarnos que están aquí, en nuestro propio planeta. En realidad es que muchos se quedan únicamente con algunas expresiones muy duras fuera de contexto. Para entender lo que el Papa propone, por ejemplo, sobre la economía habría que leer todo su documento, o al menos los capítulos II y IV enteros de EG. Cuando se lee todo, se advierte que la postura del Papa es muy equilibrada.

TERCERA PARTE: CONCRECIONES

44. Muchos recordarán al obispo de Frèjus-Toulon, Dominique Rey, que tanto nos orientó para animarnos a evangelizar en las primeras Jornadas de Pastoral (enero de 2013). Teniendo en cuenta cuanto entonces expuso y también alguna otra intervención suya acerca de los signos de salud en una parroquia, he aquí algunos de sus criterios: 1) El párroco tiene capacidad de delegar: cuenta con colaboradores formados y cuenta con ellos; 2) el párroco discierne los dones de los demás y les hace dar frutos; 3) la comunidad es gozosa y se nota. Tiene capacidad de expresión alegre y huye de una estética moralizante; 4) la comunidad parroquial cambia sus estructuras para adaptarlas a nuevas necesidades, y no hace “lo de siempre”; 5) la comunidad parroquial cuida la belleza y la dignidad

de las celebraciones, sobre todo de la Eucaristía. La gente joven, en el fondo, hoy busca más sacralidad. Por eso, la belleza y reverencia en la Eucaristía es importantísima; 6) la comunidad parroquial se organiza en grupos pequeños, aunque tenga momentos de encuentros más grandes; es comunidad de comunidades; 7) la comunidad parroquial irradia caridad hacia fuera y entre sus miembros; hay también en ella relación entre los miembros que se conocen y se ayudan mutuamente y eso se ve desde fuera.

45. Y he aquí dos exigencias que atañen a todos los miembros de cualquier parroquia. La primera de ellas quiero referirla sobre todo a los fieles laicos y posibles consagrados en la parroquia, aunque no debería faltar en el sacerdote o sacerdotes de una comunidad parroquial. Se trata de *la acogida*. No es fácil y en muchas ocasiones resulta doloroso y origen de perplejidad, sobre todo cuando nuestros cristianos llegan para pedir los sacramentos de Iniciación cristiana. ¡Cuántos son familias desestructuradas o monoparentales, o que provienen de matrimonios civiles o divorciados y vueltos a casar! Comprobamos que los Prenotandos litúrgicos, nuestro Directorio y otras situaciones nos llevarían a demorar la celebración de los sacramentos y estamos tentados de negarlos. ¿Cómo conseguir llevar a cabo un giro pastoral? Sabemos que la cuestión no está en restringir o ampliar, sino en evangelizar al que viene de esa manera. Ahí es donde es preciso un plus de acogida activa, de amor pastoral; y mucha paciencia para hablar, explicar, poner las cosas en claro, e indicar a dónde lleva hacer las cosas mejor, mostrando la verdad en la caridad, según aquella manera de actuar que nos muestra san Pablo.

Los Pastores y el resto de la comunidad parroquial deben unir esfuerzos en la acogida; no hay que dejar solo al párroco en esta tarea de explicar, en tono afectuoso, con gran respeto, a las personas que vienen dónde está su fe, o qué es lo que les separa de la praxis sacramental de la Iglesia. La acogida es hoy más esencial que antaño. Estamos en un momento en que el cambio de época

ARZOBISPO DE TOLEDO

no ha cristalizado. Salvo cuando existan razones serias (rechazo de la sustancia del sacramento, escándalo público, apostasía), no es tiempo de cerrar puertas, de excluir. ¿Podemos pensar en un equipo de acogida parroquial que, como el Siervo de Dios “no romperá la caña quebrada ni apagará la llama vacilante” (Is 42,3)? Hay aquí, en esta acción, algo del misterio de la fe, que abre los corazones.

46. Al finalizar esta carta pastoral, saludo a todos los sacerdotes con los que comparto el servicio a la Iglesia de Toledo, en unión con el Obispo auxiliar, y comparto con ellos una conversación en un encuentro entre el Papa Francisco y los sacerdotes de la Diócesis de Caserta, en Italia, el pasado 26 de julio. Me parece que a vosotros y a mí nos viene muy bien. Como en otras ocasiones con Benedicto XVI, el Papa actual, habiendo preparado un discurso, prefirió el diálogo sobre algunos puntos concretos y envió el discurso al Obispo, sin duda para que lo publicara. El contenido de las respuestas del Papa a los sacerdotes que le preguntaron podéis sin duda leerlo, pues está disponible.
47. Hay preguntas menos interesantes para nosotros, como la que se refería a una cuestión de límites diocesanos nunca solucionada. El Papa, sin embargo, dijo algo importante: no importa que los obispos discutan entre ellos. Creo que tampoco que lo hagan los sacerdotes, aunque sean discusiones acaloradas. Lo malo es hablar mal los unos de los otros por sistema; sí, los obispos y los sacerdotes deben estar siempre de acuerdo, “pero –dice Francisco– de acuerdo en la unidad, no en la uniformidad. Cada uno tiene su carisma, cada uno su manera de pensar, de ver las cosas: esta variedad es en ocasiones el fruto de errores, pero a menudo es el fruto del mismo Espíritu. El Espíritu Santo ha querido que en la Iglesia haya variedad de carismas. El Espíritu mismo crea la diversidad, después ha conseguido llegar a la unidad: una unidad en la diversidad de cada uno, sin que nadie pierda su propia personalidad”. Hay mucha sabiduría en estas palabras de su Santidad.

48. Alguien preguntó al Papa Francisco sobre la necesidad de reforzar la religiosidad popular, como un tesoro de la Iglesia católica. Es tema tratado en esta carta. Sólo añadiré aquí alguna precisión: “La verdadera piedad popular nace del *sensus fidei* del que habla *Lumen Gentium* y que guía en la devoción de los santos, de la Virgen y también con expresiones folclóricas en el buen sentido de la palabra”. Conviene por ello tener en cuenta que vivimos en una época en la que la religiosidad ha desaparecido, y que en muchos lugares no se cree en ella; pero sí existe una religiosidad intimista, un tanto gnóstica, que no hace bien, pues es algo sólo para mí, un poco como ocurre en la *New Age*. El Papa piensa que, cuando nos cuesta tanto crear grupos de jóvenes por tantas razones, el camino de la religiosidad popular puede ser eficaz, sobre todo si se les hace participar en pequeñas misiones o acciones apostólicas, en las que vean lo que es seguir a Jesucristo que cuenta con ellos.

49. La tercera cuestión preguntada al Papa apunta a una experiencia que pueden estar viviendo sobre todo los sacerdotes jóvenes. En una sociedad que vive aparentemente una evolución dinámica y conflictiva, y muy a menudo alejada de los valores del Evangelio, podríamos estar viendo una Iglesia que nos dicen que llega siempre tarde. El sacerdote preguntó entonces si, ante la manera un poco “revolucionaria” de hablar y de expresarse del Papa y lo significativo de su testimonio evangélico, no podría esto crear una crisis existencial a nuestros sacerdotes (y obispos). Si así fuera, ¿cuáles serían las vías imaginativas y creativas sugeridas por el Papa para atenuar esta situación? La pregunta es un tanto complicada, pero el Papa respondió.

“Creatividad es la palabra”, dijo Francisco; y es un don de Dios. Pero, “¿cómo se puede encontrar esa creatividad? Ante todo –y esta es la condición si queremos ser creativos *en* el Espíritu, es decir, en el Espíritu del Señor Jesús– no hay otra vía que la oración. Un obispo que no ora, un sacerdote que no ora cierra la puerta, destruye el camino de la creatividad. Precisamente en la oración,

cuando el Espíritu te hace sentir una cosa, es cuando el diablo llega y te hace sentir otra; pero la oración es la condición para ir adelante, aunque la oración pueda parecer aburrida”. El Papa habla del Oficio divino, y la liturgia eucarística, pero también de la oración personal. Sin embargo, la oración conduce a la cruz. No se trata, pues, de una creatividad sin forma y revolucionaria; no, es la que viene del Espíritu.

50. Una última pregunta le hizo al Papa un sacerdote; una pregunta sobre el lugar en que vivimos y nos movemos: *la Diócesis, con nuestros obispos, y las relaciones con nuestros hermanos sacerdotes*. “¿Cuál podría ser –preguntó al Santo Padre– según usted la característica, lo fundamental de una espiritualidad del sacerdote diocesano?”. Y aún más quería saber: ¿Cómo podemos ser hoy fieles al hombre, no tanto a Dios? Complejo este conjunto de preguntas. Pero el Papa respondió sin rodeos a preguntas tan resultantes.

“Sacerdote contemplativo, pero no como alguien que esté en la Cartuja, es como yo entiendo este tipo de contemplación. El sacerdote debe tener contemplación, una capacidad de contemplación tanto hacia Dios como hacia los hombres. Es un hombre que mira, que llena sus ojos y su corazón de esta contemplación: con el Evangelio cara a Dios, y con los problemas humanos cara a los hombres (...), no hay que mezclar: el monje es otra cosa”. Pero, ¿dónde está el centro de la espiritualidad del sacerdote diocesano? “Yo diría –añadió el Papa– que está en el espíritu diocesano. Es tener la capacidad de abrirse al espíritu diocesano. La espiritualidad de un religioso, por ejemplo, es la capacidad de abrirse a Dios y a los otros en la comunidad: sea la más pequeña o la congregación más grande. Por el contrario, la espiritualidad del sacerdote diocesano es abrirse al espíritu diocesano”. Si se trata de un religioso que trabaja en parroquia debe hacer las dos cosas.

51. Pero el Papa no se queda tranquilo y vuelve al tema del espíritu diocesano: “¿Qué significa esta expresión? Significa tener una

relación con el obispo y una relación con los demás sacerdotes. La relación con el obispo es importante y necesaria. Un sacerdote diocesano no puede estar separado del obispo”. “Pero es que el obispo no me quiere y, además, obispo por aquí, obispo por allá...”. “Sí, pudiera ser que el obispo sea un hombre de mal carácter: pero es tu obispo. Y tú debes encontrar, incluso con esta actitud suya que no es positiva, una vía para guardar una relación con él, porque, no obstante esta situación descrita, ésta es una excepción”. En el mayoría de los casos la relación con el obispo no es catastrófica, sino normal y puede crecer.

Ahora bien, si lo que define el espíritu diocesano es la necesaria relación con el obispo y con el presbiterio, con los hermanos sacerdotes concretos, ni vale la falta de comunión en lo esencial con el obispo, ni tampoco vale decir: “Yo me entiendo bien con el obispo, pero no voy a las reuniones del clero porque lo que allí se dice son tonterías”. Pero con esa actitud algo va a faltar –dice el Papa-: Tú no tienes esta verdadera espiritualidad del sacerdote diocesano. Todo está aquí: es simple, pero al mismo tiempo no es fácil. Esto no es fácil, porque ponerse de acuerdo con el obispo no es siempre fácil, ya que uno piensa de una manera y el otro de manera diferente, *pero se puede discutir... ¡y que se discuta! ¿Y se puede hacer alzando el tono de voz? ¡Qué se haga! Muchas veces discuten un hijo con su padre y, al fin y al cabo, siguen siendo padre e hijo”.*

52. El Papa Francisco habla muy clarito y, de este modo, prosigue: “Sin embargo, cuando en estas dos relaciones, tanto con el obispo como con el presbiterio, se introduce la diplomacia, el Espíritu del Señor no está allá, porque falta el espíritu de libertad. Hay que tener la valentía de decir: *yo no pienso de este modo*, pienso diferente, y también la valentía de aceptar una corrección. Es muy importante”. ¿Y sabéis cuál es el mayor enemigo de estas dos relaciones fundamentales de los presbíteros? El Papa es muy rotundo: “Las habladurías. Muy a menudo yo pienso –porque yo también tengo

esta tentación de murmurar, la tenemos en nosotros, el diablo sabe que esta semilla da sus frutos y él siembra bien— yo pienso que se trata tal vez de una consecuencia de una vida de celibatario vacía en su esterilidad, no en la fecundidad (...). Es una actitud que no hace bien, y lo que impide precisamente esta relación evangélica, espiritual y fecunda con el obispo y con el presbiterio. Las habladurías, las murmuraciones son el enemigo mayor del espíritu diocesano, es decir, de la espiritualidad. Pero tú eres un hombre, y si tienes algo contra tu obispo, ve y díselo (...). Si tú eres un hombre maduro y ves algo en tu hermano sacerdote que no te gusta o que piensas que es erróneo, ve y díselo a la cara, o bien si tú ves que él no tolera ser corregido, ve a decírselo al obispo o al amigo más íntimo de este sacerdote, para que él pueda ayudar a ser corregido”.

53. La carta pastoral está acabándose. Si he logrado mi propósito, que es animar a los que vivís la fe en la parroquia como sacerdotes, consagrados o fieles laicos y os esforzáis por la “plantación de la Iglesia” anunciando con alegría el Evangelio de Jesucristo, estaré feliz y contento; si no lo he logrado, se debe a mi torpeza; pero en el trabajo de redacción he buscado únicamente ayudaros como sucesor de los Apóstoles en este momento de la historia de la Diócesis de Toledo. Obedece la carta a mi deseo: crear sentido de Iglesia, ayudar a que el cristiano sea *anima in Ecclesia*, alumbrar la Iglesia en el corazón de los hombres y mujeres.

Tarea muy necesaria en estos momentos de privatización de la fe en Europa. Según H. de Lubac, no existe un “cristianismo privado”, y, para aceptar la Iglesia, hay que tomarla tal como es, en su realidad humana y cotidiana lo mismo que en su idea eterna y divina, porque la disociación entre un aspecto y otro es imposible. Para amar al Iglesia es necesario amarla en toda su tradición, e introducirse en su vida como el grano se hunde en la tierra. Esta es la manera católica de perderse para llegar a encontrarse. Sin la mediación de la Iglesia, el misterio de la salvación no puede alcanzarnos y transformarnos. Hay que llevar hasta sus últimas consecuencias la Encarnación,

por la cual la divinidad, en este caso el Hijo de Dios, se adapta a la debilidad humana. Para poseer este tesoro, hay que sostener “el vaso de arcilla” que lo contiene, y fuera del cual se evapora. Hay que ser sin reticencias del Pueblo de Dios. Dicho de otra manera: la necesidad de ser humilde para adherirse a Cristo lleva consigo la necesidad de ser humilde para buscarle en su Iglesia y de añadir a la sumisión del entendimiento “el amor a la verdad” (cfr. H. de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*, Madrid 1980, p. 241.242).

54. Sólo los que tienen sentimientos humildes poseen a Cristo, y no los que se elevan por encima del rebaño: “Sólo participa de Cristo aquel que se mantiene unido a todos los miembros de su Cuerpo. El que es rico, no dice al pobre: Tú no me eres necesario. Tampoco el fuerte se lo dice al débil. Ni el sabio al que es poco dotado (...). Él forma parte del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Es preciso que sepa que los que en la Iglesia parecen débiles, pobres, iletrados, lo mismo que los pecadores, deben ser rodeados de gran honor y atendidos con cuidados más delicados. Si así lo hace, entonces podrá decir de sí mismo: Yo soy de los que temen al Señor. Es preciso que se conduela así de los hombres y que no se muestre importuno con ellos; que sufra con los que sufren a fin de que aprenda con los hechos que todos somos un mismo Cuerpo, cuyos miembros son todos solidarios” (San Ambrosio, *Sobre el salmo 118, sermón 8, n. 54*: PL 15, 317 C-D).

Padre de misericordia,
que nos regeneraste por el Bautismo
haciéndonos uno con Cristo, tu Hijo.
Tú nos concedes la gracia de vivir este curso pastoral
dedicado a redescubrir el don de tu Iglesia
manifestado en la “familia de familias”, nuestra Parroquia.

Haz que levantemos los ojos a Ti
para que descubramos tu rostro en los hermanos

ARZOBISPO DE TOLEDO

y les comuniquemos el gozo del Evangelio.
Transforma nuestra Parroquia
en verdadera comunidad de comunidades,
donde se profundice, celebre y viva la fe;
que nuestra Parroquia sea hogar de caridad
y fuente de esperanza,
para que los pobres sean evangelizados
y los sedientos colmen su sed.

Haz de nuestra Parroquia escuela de testigos,
para que busquemos a los hermanos alejados,
iluminemos a los extraviados,
mostrándoles el camino a la Casa paterna.

Padre, acoge nuestra oración por medio de la Virgen Madre,
que supo anunciar la alegría y tesoro de la fe.
tu Hijo muerto y resucitado.
Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Braulio Rodríguez Plaza, arzobispo de Toledo
En la fiesta de san Agustín, obispo, del año del Señor 2014

